

“Las señales previas y el retorno de Cristo”

2 Ts. 3:10-13; Lc. 21:5-28

Hohenau.
Cap. Miranda.

La pregunta sobre el fin de los tiempos, el interrogante acerca del fin del mundo, ha sido por mucho tiempo, y sigue siendo, motivo de debate, de conversación y de especulación en la sociedad en general, y entre el pueblo cristiano también. ¿El mundo se va a acabar? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Hay señales que anticipan ese final?

Como cristianos, sabemos que Jesucristo con toda seguridad va a regresar, para el día del Juicio final. Confesamos en el Credo Apostólico: “Subió a los cielos, y desde allí, ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos”. Es decir, creemos, enseñamos y confesamos en el Credo, en conformidad con las Sagradas Escrituras, del inminente retorno de Jesucristo para el día del Juicio. El Credo de Atanasio, inclusive dice: “En cuya venida todos los hombres han de resucitar con sus cuerpos; y han de dar cuentas de sus propias obras. Los que hicieron bien, irán a la vida eterna; pero los que hicieron mal, al fuego eterno” (§ 38-39).

Ahora bien, ¿qué expectativa tenemos nosotros del Juicio venidero? ¿De qué manera estar preparados? ¿Qué dicen las Escrituras al respecto, sobre el fin del mundo? ¿Habrá fin del mundo? ¿En qué sentido? El apóstol Juan, sin duda, por inspiración de Dios en el libro del Apocalipsis, ha brindado información detallada al respecto. Pero lo ha hecho en un lenguaje simbólico, figurado, de una manera que no todos son capaces de entender, por falta de instrucción, porque pretenden interpretarlo a su propia manera, confundiendo así a las mentes sencillas. La buena noticia es que, lo mismo que está relatado en el libro del Apocalipsis, Jesús lo relata de otra manera, más fácil de comprender para las personas simples, en nuestro pasaje del evangelio de Lucas 21. Para más información sobre el tema, ustedes mismos pueden después comprobar en sus hogares que Mateo 24 cuenta lo mismo, con algunos detalles diferentes, que nuestro texto de Lucas 21.

¿Qué quiero decir con esto, queridos hermanos? Quiero decir, que la Biblia es un libro claro, y muy fácil de comprender, cuando nos damos cuenta que existen pasajes aquí y allá que describen el mismo evento, el mismo hecho, solo que con palabras diferentes. Ustedes, como lectores inteligentes, no deben dejarse engañar ni confundir por las sectas, por los falsos maestros, que con astucia intentan seducir a las almas sencillas al error y la mentira con respecto al fin del mundo. Teniendo por ejemplo, este pasaje de Lucas 21, o también el de Mateo 24 en su mano, ustedes podrán refutar y enfrentar cualquier falsa enseñanza con respecto al final de los tiempos, y a su vez, podrán sacar provecho para su fe y esperanza con respecto a Cristo, nuestro Salvador.

En primer lugar, Lucas 21 nos posiciona en la Semana Santa, a los discípulos contemplando la grandeza y la gloria del templo de Jerusalén; sin duda una obra magnífica. Nosotros hoy día podríamos compararlo con alguno de esos mega-edificios en Dubai, o alguna obra de infraestructura digna de admiración. Cuando uno la ve, se queda estupefacto, admirado, y se dice a uno mismo: “O guau, esto jamás se va a romper, nunca se va a destruir”. Lo cierto es que Jesús dice: Vendrá un día en que todo ese templo de Jerusalén quedará destruido.

Esa respuesta habrá sido impactante y chocante para el oído de sus discípulos. Para comprender un poco mejor esto, debemos saber que para el judío promedio, el hecho de que el templo de Dios en Jerusalén se destruyera, era una señal previa al fin del mundo, era una catástrofe nacional, y de un gran impacto espiritual. Como es natural, inmediatamente ellos le preguntan a Jesús: ¿Y cuándo sucederá esto? ¿Qué señal habrá?

A continuación Jesús, de los versículos 8 hasta el 11, describe el fin del mundo, retomando el discurso sobre el mismo tema de los versículos 25 al 28. En esta sección está

relatada la cadena de eventos sobre el fin del mundo. Jesús comienza previniéndoles sobre los falsos maestros que se presentarán con hechos y señales simulando ser Jesús y su venida. Este será el trabajo de los anticristos que vendrán después de la partida de Jesús al cielo. Los mismos se presentarán diciendo “Yo soy el Cristo”, o diciendo también “El tiempo está cerca”. Jesús les previene diciendo: “No les presten atención, no los sigan”. Esta es la primera señal de que el final de los tiempos se acerca, es decir, la proliferación, el aumento de los falsos profetas y maestros.

La segunda señal es la siguiente: “Se levantará nación contra nación, y reino contra reino” (v. 10a). Decir dos veces la misma idea por parte de Jesús, significa que un mismo hecho que ya existe, es decir, las guerras, se intensificarán en el futuro. Las guerras llegarán a tener una escala mundial, con consecuencias mundiales. En el mundo ya tuvimos muchas guerras desde que Jesús subió al cielo, y pocos siglos de paz. Inclusive, en un mismo siglo, el siglo XX, sucedieron dos guerras “mundiales” (1914-1918, 1939-1945). Y el panorama actual pinta que sin duda vendrá una tercera. Pero Jesús les dice a ustedes, que “cuando oigan de guerras y de revoluciones, no se alarmen”. “No se alarmen”, “no tengan miedo”, “no se desesperen”, “porque estas cosas tienen que suceder primero; pero el fin no será inmediatamente” (v. 9).

Hay además, un tercer grupo de señales previas a la venida de Jesucristo: “Habrá grandes terremotos, y en diferentes lugares hambres y pestilencias; y habrá terror y grandes señales en el cielo” (v. 11). Terremotos, hambrunas, epidemias y señales en el cielo, son las cuatro señales que menciona Jesús en esta sección. Son cosas que han sucedido incluso en tiempos anteriores a Cristo, y también después. Pero cerca del final del mundo, estos eventos cobrarán una mayor fuerza, serán más notorios, más catastróficos, y de mayor alcance. Terremotos sucediendo en diferentes lugares, tsunamis, falta de alimentos en las ciudades, epidemias nuevas, y eventos astronómicos que dejarán confundidos a los científicos, y con terror a los incrédulos y ateos.

Por eso Jesús nos consuela y anima diciendo: Ustedes quédense tranquilos, no tengan miedo de esas cosas, pues tienen que suceder. Esos eventos anticipan mi venida. Y es ahí donde quiero que pongan los ojos de la fe: En que Yo, Jesucristo, su Salvador, su Amigo, quien los ama y los ha librado de sus pecados en la cruz, quien ha resucitado al tercer día, quien ha subido al cielo a la diestra del Padre, también estoy regresando, para estar para siempre con ustedes, no solo a través de la Palabra y los Sacramentos, sino visiblemente, en mi propia persona física y material, tal como les prometí.”

Cuando la madre está embarazada, el bebé va creciendo dentro de ella, hasta que llega la hora de nacer. Así también, la creación entera, gime con dolores de parto, hasta la revelación gloriosa de los hijos de Dios y de la venida de nuestro Señor Jesucristo. Si comparamos la segunda venida de Jesucristo con el momento en que llegó la hora de dar a luz, sin duda veremos que será un día de inmensa alegría para nosotros los cristianos. Por eso Jesús nos anima diciendo: Ustedes no tienen nada que temer. Sin duda el proceso es doloroso, y por un poco de tiempo tendrán que sufrir. Pero ese sufrimiento y esa tristeza, se convertirá en gozo. Cuando está por venir un niño al mundo, ¿ustedes se alegran, o se ponen tristes? Sin duda que el nacimiento de un hijo es motivo de inmensa alegría para toda la familia. Así también les dice Jesús, “Entonces habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas, y en la tierra angustia de las gentes, confundidas a causa del bramido del mar y de las olas; desfalleciendo los hombres... porque las potencias de los cielos serán conmovidas. [Pero] entonces verán al Hijo del Hombre, que vendrá en una nube con poder y gran gloria. Cuando todas estas cosas comiencen a suceder, levanten la cabeza, porque el momento de su liberación está cerca” (vv. 25-28) Es decir, ha llegado el día de salir de este mundo de caos y de pecado, para entrar finalmente, por la fe que es en Mí, al lugar que les pertenece, a las moradas celestiales y eternas, donde habrá un cielo y una tierra nuevos.

Por eso, querido pueblo cristiano, no deben temer a que el final del mundo se acerque. Esas cosas tienen que suceder, porque el pecado humano ha corrompido a la creación entera de tal manera, que inclusive ha dañado, no solamente nuestra relación con Dios, el Creador, sino también a la naturaleza, a la familia, al matrimonio, a la relación de los padres con los hijos, ha dañado y lastimado, como un agua turbia y sucia, a todo lo que ha encontrado a su paso. Y Dios en su gran bondad e infinita misericordia, ha querido rescatarnos a través de Cristo, nos ha tomado en sus brazos y nos ha adoptado en el Bautismo como sus hijos, nos ha limpiado el corazón mediante el don de la fe por su Espíritu Santo, ha infundido nueva vida espiritual en nosotros, para que vivamos una vida nueva y eterna, una vida de comunión con Él aquí por medio de la Palabra y la Santa Cena, y de servicio a nuestro prójimo en nuestra familia, en el trabajo y profesión en la sociedad, y de testimonio de sus maravillas como iglesia.

Por eso, ¿qué vamos a hacer, mientras esperamos que Cristo regrese? Él les dice de los versículos 13 al 15: “Y esto les será ocasión para dar testimonio... No se preocupen sobre cómo van a responder en su defensa, porque Yo les daré palabra y sabiduría, la cual no podrán resistir ni contradecir los que se opongan”. Meditemos en las Sagradas Escrituras, estemos despiertos, velando siempre en oración y ayuno, no vivan en la pavana, como muchos hacen, para que ese día del parto de la venida de Cristo, no los halle desprevenidos. Aprendamos con Noé, que a medida que el mundo antiguo se venía poniendo cada vez peor y más malo, sin embargo él y su familia con mayor fidelidad y dedicación se dedicó a las cosas de Dios, teniendo por seguro de que Dios siempre cumple sus promesas. Y cuando vino el Diluvio universal, Él y su familia fueron salvados.

Así también ustedes, procuren permanecer en el arca de la iglesia cristiana, teniendo a Cristo Jesús por capitán, a su bautismo como ancla, su santa Palabra como timón, y su Santa Cena como alimento, para que en el día del huracán y de las impetuosas olas, puedan hallar refugio y consuelo bajo su amoroso cuidado y protección. No dejen de congregarse, pues la Palabra y los Sacramentos son su vida, su roca, y la promesa segura de que Dios está con nosotros. Alejados de Cristo, de su Palabra y Sacramentos, nada pueden hacer. Así que hermanos, mantengan sin fluctuar la confesión de la esperanza de vida que hay en Jesucristo, sabiendo de que sus esfuerzos y servicios a Él, movidos por la fe y el amor, no son en vano. Junto a Él, llegaremos a las costas de la patria celestial. Amén.